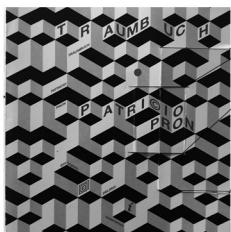




AUMBH
TR ICIO PRON
PA UC

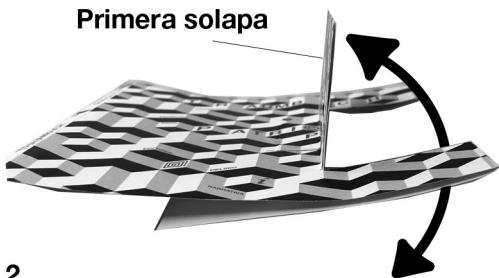
Cubierta



1.

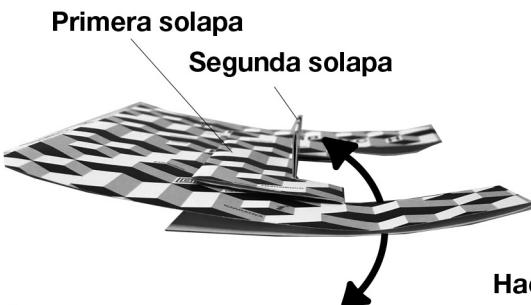
Cortes

Primera solapa



2.

Doblar en ambos sentidos la primera solapa

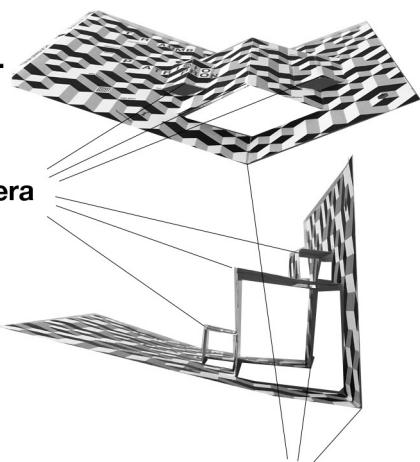


3.

Doblar en ambos sentidos la segunda solapa

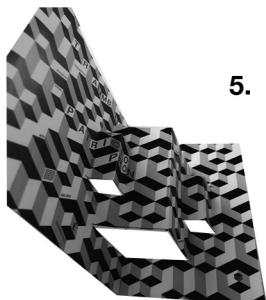
4.

Hacia fuera



5.

Resultado



TRAUMBUCH

PATRICIO PRON



Colección de Narrativa Iría, 8

Primera edición: noviembre de 2021

TRAUMBUCH

Colección de Narrativa Iría, 8

© 2021, Patricio Pron

© 2021, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.

www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Impreso en España.

Printed in Spain.

ISBN: 978-84-15739-37-1

Depósito Legal: S 404-2021

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

«Quien desee contar su sueño debe estar infinitamente despierto».

Paul Valéry

(Pero) «si te sueñas despierto estás dormido».

Bernardo Ortiz de Montellano

PRÓLOGO

«Escrito en el sueño, borrado en la vigilia.»

Edgardo Zotto, *Buceo*

I

A sus dificultades para conciliar el sueño debemos posiblemente una parte considerable de la obra de Franz Kafka, cuyo insomnio, sobre el que escribió reiteradamente en su diario, lo sitúa en la constelación singularísima a la que pertenecieron también Djuna Barnes, Saul Bellow, Albert Camus, Marguerite Duras, André Gide, Witold Gombrowicz, Ósip Mandelshtam y otros.¹

1 Georg Büchner, Robert Burton, Raymond Carver, Michael Chabon, John Cheever, E. M. Cioran, Annette v. Droste-Hülshoff, Durs Grünbein, Lars Gustafsson, Ernest Hemingway, Hermann Hesse, Patricia Highsmith, Wolfgang Hildesheimer, Homero, John Irving, Ernst Jandl, Mascha Kaleko, Gertrud Kolmar, Klaus y Thomas Mann, Elsa Morante, Robert Musil, Fernando Pessoa, Francesco Petrarca, Silvia Plath, Marcel Proust, Philip Roth, Francis Scott Fitzgerald, Anne Sexton, William Shakespeare, Theodor Storm, Wisława Szymborska, Giuseppe Ungaretti y Leon de Winter son otros de los autores que escribieron acerca de sus dificultades para conciliar el sueño.

Fiódor Dostoievski –por el contrario– solía dormir profundamente, o eso temía; por las noches dejaba una nota al pie de su cama indicando que, si no despertaba, no se le debía enterrar de inmediato. Y algo similar hacía Hans Christian Andersen, quien colocaba en una silla junto a su cama un papel con la frase «Parezco muerto, pero no lo estoy»; al autor de «La reina de las nieves» le preocupaba especialmente ser enterrado vivo: siendo ya anciano, ordenó que se le cortasen las arterias tras su muerte, como Raymond Roussel, quien dispuso en su testamento que se le hiciese «un largo corte transversal» en una de las muñecas por la misma razón. Quizás ambos conocían el caso de Nicolai Gógol: quince años después de su muerte, las autoridades del cementerio moscovita en el que fue sepultado descubrieron que, por la forma en que yacía el esqueleto, según algunos, y por los rasguños en el interior del féretro, de acuerdo con otra versión de la historia, el autor de *El capote* había sido, muy posiblemente, enterrado vivo.

Acerca de la muerte del autor se puede decir –como sostuvo alguien– que ninguno de nosotros ha estado todavía en el funeral pese a que llevamos años leyendo las necrológicas; sobre el sueño, por otra parte, se ha dicho demasiado, pero pocos han observado el hecho de que la interrupción de la conciencia que tiene lugar en él es también una forma de cesación del autor, si acaso breve y en ocasiones –piénsese en Kafka– profundamente deseada.

Si el autor «no está» durante el sueño, si su vida onírica escapa a su control y no responde a sus intenciones, ¿quién es –una vez más– el autor de protocolos de sueños como los que escribieron y publicaron con su nombre escritores como Graham Greene, T. W. Adorno, Jack Kerouac, Carl Gustav Jung, Vladimir Nabokov y tantos otros?

Miguel Noguera imaginó en alguna ocasión la posibilidad de «soñar, previa al sueño, la tabla de contenidos del sueño ¡y que después el sueño la cumpla!», en un ejemplo extremo de una visión instrumental que comparten psicólogos y adivinos. Los siglos XVIII y XIX contemplaron el reemplazo de modelos de interpretación del sueño basados en concepciones religiosas y/o de carácter espiritual por una visión racionalista del mismo como producto de la fisiología; pero la atribución de un carácter simbólico al sueño no fue abandonada por completo y permea tanto las interpretaciones de Sigmund Freud como las de Carl Gustav Jung, quienes, adhiriendo a la concepción romántica del sueño como «auténtico» y «revelador» en oposición a la conciencia, intentaron darle un uso;² como escribió

2 Un uso al menos parcialmente cuestionado por Hugo Hiriart en *Sobre la naturaleza de los sueños*, su singularísimo intento de dar respuesta a la pregunta de cómo y para qué soñamos. De acuerdo con el escritor mexicano, los sueños constituyen conjeturas breves sin principio y sin fin –sin antes y después, al margen del orden que se les impone cuando se los «narran»– en torno a las posibilidades implícitas de determinadas situaciones. En propiedad, asegura Hiriart, los sueños no pueden ser narrados sino descritos, puesto que «el sueño no avanza, sino considera con más detalle lo que ya está dado, destaca detalles [...] y los lleva a[!] primer plano» (83) como si fuese «una especie de idea» (73, cursiva del autor). El autor rechaza la argumentación freudiana –«causal, mecánica, explicativa», resume (133, cursiva del autor)– de acuerdo con la cual los elementos del sueño se articularían en una «red inter-

Alicia Puglionesi en su ensayo «Lofty Only in Sound: Crossed Wires and Community in 19th-Century Dreams», la psicología científica del último cuarto del siglo XIX «no conquistó antiguas concepciones del sueño, sino que ayudó a dar nueva forma al lenguaje de los soñadores». Nuestras interpretaciones son inevitablemente herederas, si no de una visión esotérica del sueño como anuncio y/o advertencia, sí al menos de la visión utilitaria que lo concibe como «material» y como mensaje del soñador a sí mismo. «A menudo los sueños dan la impresión de ser triviales y trascendentales al mismo tiempo», escribe Puglionesi. «Nos prometen una revelación si conseguimos tan sólo ubicar una cara, un lugar... como en ese sueño tan común en el que unas palabras se disuelven en la página un segundo antes de que comprendamos su significado».

Uno de sus usos más recurrentes es el que vincula el sueño y la producción literaria, ya sea porque el autor los inscribe en su obra –como hizo William S. Burroughs en *Tierras del Occidente* (1987), donde reescribió algunos que aparecerían más tarde en *Mi educación* (1995)–, porque admite que le sirvieron de inspiración para la escritura de alguna de sus obras –por ejemplo *Campo de batalla* y *El cónsul honorario*, como reconoció Graham Greene en el prólogo a su libro de sueños *Un mundo propio* (1992), o como sostuvo

na»; para el mexicano esa red, y la consiguiente posibilidad de interpretación, existe, pero es una «red externa». Al margen de la cuestión de que no hay pruebas de que el recuerdo del sueño se corresponda con el sueño –un asunto tal vez no menor en obras como la que el lector tiene en sus manos en este momento–, para Hiriart la interpretación del sueño es admisible, pero sólo si se reconoce su carácter de intrusión en una lógica del sueño que es contingente pero no azarosa y que tal vez sea banal.

Henri Michaux en relación con algunos de sus poemas— o afirma tener sueños en los que continúan las vidas de sus personajes, como en el caso de *El libro de los sueños* de Jack Kerouac (1960). «Narra un sueño y pierde un lector» es el famoso *dictum* de Henry James que los escritores desoyen una y otra vez desde hace siglos; una historia de la literatura sin la presencia en ella de los sueños —reales o no, atribuidos al autor o a sus personajes, sujetos a interpretación o no— presentaría singularísimas lagunas.^{3 4}

3 Por ejemplo las de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo —ésta última, autora de al menos un cuento magistral sobre el asunto, «Los sueños de Leopoldina»—, así como la de Roberto Bolaño, uno de los autores hispanohablantes que más y más consistentemente narró sueños.

4 Una lista inevitablemente incompleta de aquellos autores que hicieron uso del sueño en su literatura incluye, por supuesto, a los románticos —Jean Paul, Franz Brentano, Bettina von Arnim, Jacob y Wilhelm Grimm, Novalis, Joseph von Eichendorff, Ludwig Tieck y E. T. A. Hoffmann— y a los surrealistas, con André Breton a la cabeza, a Frederik Willem van Eeden, Franz Kafka, Arthur Schnitzler, Ilse Aichinger, Ingeborg Bachmann; en el ámbito hispanohablante, a Lorenzo García Vega, Francisco Ferrer Lerín, Sergio Pitol, Vicente Molina Foix, Héctor Libertella y la guatemalteca Vania Vargas. (Por contra, Margaret Atwood observó en alguna ocasión que los personajes de Jane Austen nunca sueñan.) Atwood apuntó también que textos como *Drácula*, *Confesiones de un opiófago inglés*, *Un cuento de Navidad*, *Alicia en el País de las Maravillas*, los cuentos de Sheridan LeFanu y *Otra vuelta de tuerca* están presididos por una impronta onírica, *dreamlike*. Jacobo Siruela recuerda, a su vez, que

Según R. L. Stevenson, de un sueño proviene todo el argumento de la escena en la cual Mr. Hyde ingiere la pócima para escapar de sus perseguidores; como también un sueño creó la gigantesca mano de hierro que irrumpió en la escalinata del castillo de Otranto en el artificio gótico de Horace Walpole; y también de un sueño proceden los muros y las torres del palacio de Kubla Khan, con sus jardines radiantes, sus laberintos de agua

La visión utilitarista de los sueños entraña una doble subordinación: la de quien sueña a la persona y/o institución que asegura poder acceder a su supuesto contenido y la del sueño mismo a su condición de mensaje.⁵ No importa cómo se responda a la pregunta de «qué hacer» con el sueño, la idea de que éste podría tener una utilidad –un uso posible, de cualquier índole– somete al sueño a servidumbre, le impide ser, gloriosamente, él.⁶

fresca y todas las melodiosas cadencias poéticas del poema de Coleridge. Según Borges, el plano de aquel palacio también le fue revelado al emperador Kubla Khan mientras dormía. Y asimismo la lóbrega imagen de la ciudad de Perla, donde, como escribe Alfred Kubin, «nunca brilla el sol»; así como la primera y pavorosa imagen de Frankenstein, nuestro moderno (y profético) Prometeo; y probablemente algunas de las visiones más numinosas y sobrecogedoras de Dante o William Blake (69-70).

Pero no siempre los sueños servían como material para la producción de una literatura onírica. Fleur Jaeggy recuerda en *Vidas conjecturales* que, en procura de soñar «mejor»,

Southey experimentaba con el gas hilarante. Ann Radcliffe recurrió a grandes cantidades de alimentos indigestos, que fomentaban sus visiones aterradoras. Mrs. Hunt está orgullosa de haber producido un sueño apocalíptico, que después reapareció en un poema de Shelley. [...] Lamb se lamentaba por el desinterés y la pobreza de sus sueños (20-21).

5 Unos cincuenta años atrás, Vladimir Nabokov fue posiblemente el último escritor que creyó en la idea de que los sueños tienen un mensaje; en su opinión, éstos constituyen una refutación de la idea de progresión lineal del tiempo.

6 Que este uso no se circumscribe a la interpretación de su contenido latente y/o a la prognosis se pone de manifiesto en el estudio clásico de Charlotte Beradt *Das Dritte Reich des Traums* [El Tercer Reich del sueño] (1966), en el que la autora narra la internalización de las instituciones represivas del nacionalsocialismo a través de los sueños que le contaron personas comunes y corrientes entre 1930 y 1939. También en lo que ha hecho más

Disminuida considerablemente la credibilidad de los modelos interpretativos del sueño, la visión utilitarista, de la que su interpretación es epifenómeno, avanza sobre él para negarlo en nombre de la productividad: como recuerdan Jonathan Crary en *24/7. El capitalismo al asalto del sueño* (2015) y Darian Leader en el reciente *¿Por qué no podemos dormir? Nuestra mente durante el sueño y el insomnio* (2019), el exceso de estímulos y la demanda persistente de atención y de absoluta disponibilidad, así como una presión notable destinada a «optimizar» la calidad de nuestro sueño mediante consejos prácticos, aplicaciones de teléfono y/o, puerilmente, mejores colchones y almohadas ergonómicas, convierten el sueño en un problema cuya superación provendrá –como prevén algunos– de la aplicación por parte de la industria de tecnologías militares en período de pruebas cuya finalidad es hacer soportable su privación. La disponibilidad absoluta del sujeto y la necesidad de que trabaje y consuma incluso en mayor medida de lo que lo

recientemente Barbara Hahn al dar cuenta de los «sueños en el siglo de la violencia» en su libro *Endlose Nacht* [Noche sin fin] (2016), cuyo tema son los sueños de escritores e intelectuales a lo largo del siglo XX y el modo en que éstos –sostiene Hahn, inspirándose en Beradt pero también en Anna Ajmátova y en Primo Levi– se ofrecen como material histórico, como archivos de una época específica. (Ambos proyectos pueden ser vistos como concreción de lo que Walter Benjamin, quien también registró los suyos, esbozó como la posibilidad del estudio de un «sueño del colectivo».)

hace en la actualidad⁷ están detrás del proyecto de una sociedad felizmente insomne, en la que tarde o temprano acabaremos viviendo.

4

Los diarios de sueños son habituales en inglés y en alemán, así como, en menor medida, en francés y en italiano. (Una explicación de esto radica, según algunos, en el mandato de introspección y «cuidado de sí» que preside la cultura en los países protestantes, a diferencia de los católicos, donde, por otra parte, la erupción del inconsciente se produciría sobre todo en la vida diurna.) Dieron cuenta de sus sueños –de una manera u otra, a menudo de forma escrita– John William Dunne, quien sostuvo que los sueños anticipatorios constituyen un recordatorio de que nuestra vida transcurre en múltiples líneas temporales, algunas de las cuales se encuentran en nuestro «futuro» –de allí que algunos «se cumplan»:

7 Crary afirma que en los Estados Unidos la cantidad de horas de sueño promedio ha pasado de diez a seis en el transcurso de unas décadas y Leader da cuenta del hecho de que

La industria de los productos y métodos para ayudar a dormir generará este año nada menos que 76.700 millones de dólares de negocio. [...] Si, décadas atrás, apenas se conocía un reducido número de posibles trastornos del sueño, hoy son ya más de setenta. Y a más trastornos, más remedios, más expertos, más ingresos. Del mismo modo que los medios nos dicen constantemente qué debemos comer y qué ejercicio debemos hacer, ahora también nos dan instrucciones sobre cómo y cuándo debemos dormir (13).

desde su punto de vista, sólo narran cosas que ya han sucedido (véase Siruela); Georg Christoph Lichtenberg, quien observó que «toda nuestra historia es únicamente la de los hombres despiertos; nadie hasta ahora ha pensado en una historia de los hombres que duermen»; Wieland Herzfelde, Theodor W. Adorno, Stefan George, Franz Fühmann, Isolde Kurz, Paula Ludwig, Ricarda Huch, Ernst Wiechert, Horst Bienek, Alice Koch, Wolfgang Bächler, Ernst Jünger, Heiner Müller, Peter Weiss, Jochen Klepper, Felix Philipp Ingold; Marie-Jean-Léon Le Coq d'Hervey de Saint-Denys, conocido como marqués d'Hervey de Saint-Denis –quien estudió las alucinaciones visuales que induce el sueño–, René Descartes, Michel Leiris, Georges Perec, Hélène Cixous, Marguerite Yourcenar, Raymond Queneau, Michel Butor, Maurice Blanchot, Julien Gracq y Elsa Morante, el mexicano Bernardo Ortiz de Montellano, Julio Cortázar, Rodolfo Enrique Fogwill, Inka Martín y María Rodés, además de los autores mencionados antes.⁸ Sobre la mayor parte de ellos planean algunas

8 También, por supuesto, en la tradición rusa, donde, como narra Irina Paperno, las anotaciones de sueños fueron utilizadas a menudo en procesos legales como el que sufrió el campesino Andrei Arzhilovsky: el 18 de diciembre de 1936 había soñado que se veía obligado a observar cómo Stalin sodomizaba a un hombre, lo que llevó a que lo ejecutaran al año siguiente. Anna Ajmátova, quien también tenía un gran interés en su vida onírica, no dejó protocolos de sus sueños para evitar que fueran utilizados en su contra como en el caso de Arzhilovsky. La experiencia de Horst Bienek, quien llevó un diario de sueños durante los cuatro años en que estuvo condenado a trabajos forzados en Vórkuta, refuerza lo sostenido por Jean Cayrol, quien recuerda que en los campos de concentración los prisioneros solían contarse sus sueños a primera hora de la mañana y que esto les daba fuerzas para soportar el día que comenzaba: existe una relación específica y muy interesante entre encierro y producción onírica, de la que dan testimonio –además de Bienek y Cayrol– escritores tan distintos como Rudolf Leonhard, Otto Dor Kulka y Rithy Panh.

preguntas de difícil o imposible respuesta. ¿Se trata de sueños reales? ¿Son ficticios? ¿Qué grado de intervención se ha permitido el autor al prepararlos para su publicación? ¿Por qué publicar estos testimonios de una cierta actividad nocturna?

«Ninguna persona viva sabe lo suficiente para escribir», afirmó Ezra Pound. Pero Michel Leiris, que produjo bastante, no se resignó a esperar un cambio de situación que le permitiera (improbablemente) hacerlo, y llevó un diario de sueños entre 1923 y 1960: se proponía escribir con ese material una novela de aventuras que nunca pudo llevar a cabo; su fracaso le sirvió para constatar que los sueños no pueden ser transformados en literatura: «son» literatura en todo su esplendor, extraída de un lago profundo y oscuro.

A comienzos de la década de 1990 yo también empecé a registrar mis sueños creyendo que éstos podrían servir como repositorio de argumentos; a excepción de una sección breve en *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*, sin embargo, nunca pude utilizarlos con esa finalidad: parecían poseer una sintaxis y un sentido que les eran propios. No eran proféticos ni adivinatorios, no decían nada sobre quien los había soñado, no admitían una interpretación, no tenían ninguna utilidad. La lectura de Leiris me hubiese evitado incurrir en el error, pero éste también resultó útil.

Maurice Blanchot se preguntó en alguna ocasión «si todo sueño trata de divulgarse, aunque sea ocultándose». Al publicar esta reunión de algunos sueños reales tenidos en los últimos treinta años mi intención es la de satisfacer esa necesidad íntima del sueño, así como dar cuenta de una victoria íntima –y que, por consiguiente, sólo me concierne a mí– sobre el que Janet Malcolm definió como «el guardián que nos detiene en la frontera entre el sueño y la vigilia y confisca los espolios más brillantes y peligrosos de nuestras creaciones nocturnas»; mi propósito es también el de contribuir a un tipo peculiar de literatura, la de un género sin convenciones –puesto que cada soñador cree ser único y que su producción onírica es diferente a la de otros, y tal vez lo sea– que recomienza con cada nueva contribución que se le hace.

Un libro de sueños nunca es «un libro más» de su autor; de hecho, ni siquiera es de su «autor» si se piensa en sus peculiares condiciones de producción y la falta de control que éste ha tenido sobre su forma y, en particular, sobre su contenido. En los textos que integran la serie se pone de manifiesto el problema de la legibilidad y sus límites y se escenifica una de las preguntas esenciales de la literatura, la de si sólo se debe leer «lo que se dice, lo que está» o también –y particularmente– «lo que no se dice, lo que no está», el excedente de significado. El sueño se sustraerá al juicio crítico, porque ¿cómo leerlo? ¿Cómo juzgarlo? ¿Cuál es su valor, y en relación a qué? ¿A la experiencia diurna que tal vez le haya servido de inspiración? ¿A los sueños que tienen los demás y a los que sólo accedemos excepcionalmente? «Contamos nuestros sueños por una necesidad oscura: para hacerlos más reales, viviendo con alguien diferente la singularidad que les pertenece y que parecería no destinarnos más que a uno solo, pero más aún: para

apropiárnoslos, constituyéndonos, gracias a la palabra común, no sólo en dueños del sueño, sino en su principal autor y apoderándonos así, con decisión, de ese ser parecido, aunque excéntrico, que fue nosotros durante la noche», escribió Blanchot. Si la posibilidad de hacer reales estos sueños no fuese razón suficiente para su publicación, tal vez sí lo sea para su lectura. El proyecto es el mismo que preside los libros que creo haber escrito con los ojos abiertos: el de escribir no acerca de algo, sino desde su interior, un cierto tipo de textos cuyo valor no radica tan sólo en la posibilidad de significación –y las características que se le asocian de forma más recurrente en el ámbito de la literatura: profundidad psicológica, referencialidad histórica y coherencia argumental entre las más recurrentes– sino también en el cuestionamiento que proponen a su supuesto uso, un tipo de literatura que, en su singularidad, invita a pensar en los textos como acontecimientos, como aspectos no interpretables de una inquietud que quizás sea la que define nuestra época. Fabio de la Flor confió desde el primer momento en este proyecto, y tengo una deuda con él por ello. Y también con Giselle Etcheverry Walker, a la que, naturalmente, está dedicado este libro: «“I'll let you be in my dreams if I can be in yours” / I said that».